

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO



DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7/50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

NUM. 35

Sevilla.—Martes 12 de Febrero de 1901

AÑO XXV.

AL ASALTO

Somos liberales, decididos partidarios del orden legal. Somos demócratas amantes del derecho. Somos republicanos, decididos y fervientes partidarios de la igualdad de los ciudadanos y aspiramos al triunfo de los principios consagrados por la democracia, porque son los únicos compatibles con la dignidad del hombre y con los progresos de los pueblos.

El orden y la compostura, el respeto a la Ley, son, sin duda, la condición primera para acreditarlos de tales; pero es menester que el derecho no haya sido violado, que la Ley esté informada en la voluntad de los más, y que desde el fuero de la conciencia hasta el sagrado del domicilio estén garantidos todos los derechos, y la misma Ley sea respetada por los que tienen en sus manos los resortes del poder.

No anda suelta la licencia cuando el pueblo unánimemente, y á grito herido, demanda la reposición del derecho violado y la reparación de la justicia escarnecida.

Por eso ayer, cuando cultas multitudes por su aspecto, por su corrección, pedían la cabeza de los hijos de Loyola, y amenazaban destruir el lugar de refugio de los lusos, y se disponían á adoptar extremas determinaciones contra la Compañía de Jesús y sus satélites y ayudantes, sentimos una sensación de regocijo y de entusiasmo, considerando que se mantiene el fuego sagrado de la libertad y que alienta vigoroso un pueblo capaz de allanar todos los obstáculos que se opongan á la reivindicación de sus derechos.

A esa multitud que aclamaba á Salmerón, que vitoreaba á Galdós, que se confundía en unánimes aplausos cuando sonaba el mágico grito de ¡viva la libertad! seguido de ¡muera los jesuitas!, ha tenido la pobre ocurrencia el ministro de la Gobernación de llamarlos *cuatro golfos*, calificativo que más adecuadamente enoja á los brutales dependientes del desaprensivo ministro, que sigue sin comprender todavía cómo ha podido llegar á tan elevada altura; pero sigamos, porque este personaje no merece ni aun la censura.

«Si tenéis perseverancia (decía el señor Salmerón desde el balcón de su casa)—y estas manifestaciones no son fuegos fatuos, en España triunfará la libertad, pese á quien pese.»

Precisamente la manifestación tuvo un carácter tal, que acreditó los sentimientos unánimes del pueblo por la libertad; la conciencia de la masa que ya no puede vivir más tiempo con el enemigo dentro de casa; la necesidad de restablecer á todo trance el imperio de la justicia y consagrar la autoridad paternal afianzando los vínculos de la familia y poniendo seguro al hogar doméstico contra las acechanzas del enemigo negro. El sentido del numeroso docente concurso que aplaudió en su información á Salmerón, es el mismo de la escogida concurrencia que aclamaba á Galdós en el teatro Español confundido estrechamente con el pueblo honrado, trabajador y laborioso, que en numeroso é imponente grupo vitoreaba á la libertad.

Los gritos que salían de todos los pechos son los clamores de la conciencia de un pueblo herido en las fibras más sensibles de su organismo, que ha venido durante muchos años acumulando amarguras y desdichas, que ha sentido, al parecer sensible, cómo iban sus enemigos desposeyéndole de todos los derechos, usurpándole todas sus facultades, privándole hasta de lo más caro, ya atentando á su hogar, ya pisando su autoridad familiar, ya mancillando su honor de hombre y de ciudadano, y el vaso harebosado, y aquellos materiales acumulados han llegado al límite; y ayer con *Electra* en el teatro, y hoy con la familia Ubá en la vida real; ante el más alto Tribunal de la nación, ha protestado contra el tirano, contra el ladrón, contra el asesino, contra el que arrebató la hija, allanó el hogar, usurpó los bienes, y á todo ha puesto interdicto de una vez con acción serena, reflexiva, bien meditada, pidiendo en pacífica demanda que le devuelvan lo suyo, pero dispuesto á tomarlo si no se le restituye íntegramente cuanto se le ha arrebatado.

El hombre de razón anduvo por la calle, no el loco, ni el epiléptico, ni el histérico, ni el niño

inconsciente, ni el mozalbote desaprensivo y falto de juicio por eso persevera y perseverará, porque tiene cuenta exacta de lo quiere y á lo que va; porque tiene la herida abierta y siente los dolores de las mutilaciones del organismo, y le atormenta el sufrimiento moral de la deshonra.

Pero lo que quiere es el derecho íntegro, intangible, absoluto, completo, sin atenuantes ni transacciones, y no transige con ninguna componenda que implique nuevos males en lo sucesivo ó un compás de espera para volver á empezar de nuevo.

La libertad no tiene matices: es una y no se puede contratar sobre ella, y quiere conquistarla como es, toda íntegra, para ser único dueño y señor de sus destinos.

Temela mixtificación por el régimen, y quiere concluir con todo de una vez, y quien esto proclame será su caudillo.

Con los jesuitas deben desaparecer todos los que con ellos comulgan, todos los que los han alentado, todos los que han contribuido á que dominen con imperio absoluto, y así acudirán al asalto de la muralla para destruir todo cuanto encuentre á su paso, para confundir todo cuanto detrás del baluarte reaccionario y clerical se alberga. La lucha ha de ser á muerte.

Cuando el pueblo de Madrid vitoreaba á la libertad por las calles y, rompiendo cristales de las casas de los jesuitas, se celebraba una ceremonia en elevada morada, imponiéndose honores, títulos y rango extraordinarios á un Borbón hijo de otro Borbón, que si fué tenido en la pila por D. Carlos será testimoniado en su matrimonio por generales del ejército español, á quienes no sabemos qué recuerdos les traerán á la mente los gritos de la calle, recordando épocas antiguas, y qué ideas le surgirá el presente para el porvenir.

A las bodas de la monarquía ha precedido el admirable consorcio del pueblo, con la justicia, con el derecho y con la libertad, y la íntima unión de todas las voluntades para el asalto.

A. A.

Murmuraciones

¡España está que arde!
Madrid, Valencia, Zaragoza, Granada, Valladolid... casi todas las ciudades que están azotadas por el clericalismo, por el jesuitismo, se levantan airadas protestando contra la bestia negra.

—¿Y Sevilla? ¿Qué hace. Sevilla?—se preguntarán en los demás puntos de España.

Tenemos en nuestra nación—y esto ya lo he dicho muchas veces—una fama muy equivocada. Se tiene la equivocada creencia de que Sevilla es una ciudad levítica, porque en ella se organizan las cofradías de Semana Santa, olvidándose de que esas mismas cofradías son la prueba más patente de nuestra irreligiosidad.

Es verdad que aquí no pasa domingo sin procesión, ni semana sin setenario; pero ni las procesiones tienen otra importancia que la que le dan las cuatro beatucas y los cuatro chiquillos que las acompañan, ni las familias que acuden á las fiestas religiosas son otras que esas doscientas que acuden á todas partes porque no tienen nada que hacer.

Que la juventud sevillana está afiliada á los lusos...

Un garbanzo no hace puchero. La juventud sevillana que va á los sermones, no es la religiosidad que la lleva. Van allí porque tienen la convicción de sacar una novia rica ó de concluir una carrera sin necesidad de estudios.

Aquí todo es convencional.

La misma compañía de Jesús, atenta á sus fines y gran conocedora del país en que está, no se sale de su centro. Explota á las viudas ricas, viejas ñoñas cansadas de la vida, que se dedican á limpiar su alma de las manchas del pecado, convencidas de que sus lacerias corporales ya no tienen remedio alguno.

Está, pues, justificado que Sevilla no proteste. Sevilla no cree en nada.

Sevilla protestará cuando se convengan los industriales que sus talleres están en paro forzoso porque los padres Salesianos ejercen libremente todas las industrias, sin pagar contribución, explotando villanamente á la juventud mendicante.

Sevilla protestará cuando los acaudalados propietarios que venden sus mejores fincas á las congregaciones religiosas, porque se las pagan á peso de oro, se convengan de que aquéllas, una vez en poder de los jesuitas, ó de los frailes, no están afectas á la contribución, y el contin-

gente contributivo de la ciudad se reparta entre ellos, subiendo la propiedad territorial de un modo escandaloso...

Entonces, entonces protestará Sevilla por medio de las clases adineradas, que son las que aquí protegen á los frailes y á los jesuitas.

Pero el pueblo... el pueblo hace muy bien en no dar motivo para que lo apaleen en medio de la corriente y se disparen contra él las armas que se humillan ante el Conde de Caserta.

**

Todos los periódicos vienen rebosando de rabia y de ira contra el negro bando... El fuego se enciende, se va alimentando. ¿Nacerán las llamas? ¡Ay, Dios mío! ¿Cuándo?

**

De *El Liberal* de Madrid, cuyo editorial es un resumen de los hechos que se vienen sucediendo:

«Agua se requería para apagar la hoguera que por momentos se propaga al resto de la Península.

Y los gobernantes, después de encenderla han acudido á rociarla con petróleo.

Está ya perturbada y subvertida España entera.

Apenas si hay ciudad en que no surjan reclamaciones, primero tranquilas y luego airadas contra la reacción, contra el clericalismo, contra todo lo que se personifica en ciertos individuos del ministerio, y principalmente en el suegro de la princesa de Asturias.

Los graves sucesos ocurridos ayer tarde en Valencia no adquirieron, gracias á la sensatez del gobernador, carácter gravísimo.»

Por cierto que la sensatez del Gobernador de Valencia consistió en aguantar una lluvia de piedras y en salir á escape para guarecerse en el Gobierno civil.

Más sensato, desde luego, que los jesuitas de Granada.

Quienes dispararon contra el pueblo desde la torre del convento que ocupan.

**

La actitud que ha tomado el pueblo de Madrid, sin necesidad de que vivan manolas y chisperos, es algo respetable.

Tan respetable que...

«Ayer se comentó mucho el rumor de que se ha desistido del *Te Deum* que estaba anunciado para después de la boda, y á la cual habían de asistir la familia real, el nuevo matrimonio, el conde de Caserta y un lucido acompañamiento oficial.

La Época dice anoche que aún no se ha fijado todavía la fecha de la retirada militar y el *Te Deum*.»

Me parece que todas las fechas se van á trastocar.

Hasta la en que ha de ponerse en cierto palacio el lettero de:—*Se alquila por abandono de los inquilinos que lo habitaban.*

**

Diz que el Conde de Caserta, al escuchar los silbidos y los mueras que le daban á sus padres y á sus hijos, le dijo á su mayordomo:

—¿Pero en dónde me han metido?—

Y contestóle enseguida el mayordomo solicitó:

—En el Palacio de Oriente.

¿No escucháis esos mil gritos con que el pueblo nos festeja de entusiasmo en el delirio?

**

Su Santidad se ha mostrado generosísimo con la pareja matrimonial española.

Le ha regalado la... dispensa, importante, según los que entienden de estas cosas cincuenta mil pesetas.

El Santo Padre se habrá dicho:

—Vaya eso á cuenta de lo que habrán de aumentar mis rentas en la colonia española vaticana en el nuevo reinado.

Me parece que la infalibilidad del Santo Padre va á fallar esta vez.

**

¿Cómo está Italia!

«Ha sido forzada la puerta de la tumba de Humberto.

Los ladrones se llevaron todos los objetos de valor que había en aquélla.

Se valía lo robado en 25.000 duros.»

No diré yo que los ladrones hayan hecho bien.

Pero tampoco diré que han hecho mal.

¿Para qué quiere un muerto tanto dinero, cuando se sabe de positivo que estará en la gloria después de los responsos que le han cantado?

**

A las tres de la madrugada de ayer sorprendieron en Valencia á tres individuos que trataban, con ayuda de varias palanquetas, de forzar las puertas del Colegio de jesuitas.

Unos guardias civiles, apostados convenientemente—¡vaya una inconveniencia!—impidieron que los individuos susodichos llevaran á cabo sus propósitos.

Afortunadamente, los valencianos son gente testaruda, y si no es en esta vegada, en la otra lo harán.

Y veremos correr á los jesuitas como á las ratas cuando se les abren las cloacas.

**

El alcalde de Jaén, para celebrar el casamiento de la princesa de Asturias, repartirá quinientas pesetas entre todos los que tomen estado en dicha ciudad en día tan fausto.

Hasta la hora presente hay treinta matrimonios en perspectiva.

A poco que aprieten, saldrán á peseta por cabeza.

¡Una fortuna!

Y si alguno ha forzado el acto para percibir el regalo, y, tras de no coger ni para la olla de aquel día, la mujer le sale de las que *cerdean*... ¡tendrá que oír!

**

¡Hola, hola!
«En el prado se han dado nuevas cargas por la guardia civil que galopaba sableando á los manifestantes.

Estos apedreaban á los civiles.

Entre los muchos que se han entregado al juzgado militar, figuran el duque de Luza, los hijos del conde de Peña Ramiro y el marqués de Fuensanta.»

¿Esos son los *golfos* de que habla el señor ministro de la Gobernación?

**

Ahora lean ustedes con detención lo siguiente:

«El hijo del exjefe del Estado Mayor del titulado Carlos VII ha merecido de los que combatieron á su padre con las armas en la mano los siguientes honores:

Ser español.

Ser infante de España.

Ser comandante del cuerpo de Estado Mayor.

Ser caballero del Toisón de oro y gran cruz de las órdenes de Carlos III (el que arrojó á los jesuitas) y de Isabel la Católica (reina española por excelencia).»

Y ser... rey futuro.

Que no es un grano de ansís.

¡Bueno va, bueno val...

CARRASQUILLA.

¡A ELLOS!

España despierta.

A excepción de contadísimas ciudades como Valencia, donde siempre ha latido el entusiasmo por la democracia y la libertad, el resto de la nación estaba sumido en el marasmo del que carece de pensamiento y confía su voluntad á una dirección ajena.

Jesuitas y frailes eran dueños de Madrid y casi todas las provincias. Las clases acomodadas se dejaban explotar por ellos; el pobre pueblo, sufrido ó ignorante, lamía sus manos para conseguir el mendrugo de la limosna; los hombres de *carrera*, que viven del pensamiento, les tenían miedo y transigían cobardemente con sus embustes y trampas, ó callaban ante sus inicuas explotaciones.

Los pocos que hemos pasado nuestra vida combatiendo el jesuitismo y todas las infinitas variedades del abuso, la mentira y la explotación, englobadas bajo el título de órdenes religiosas, éramos tenidos por locos, intransigentes y demagogos faltos de patriotismo y de *sentido político*.

Pero cuando se batalla por la verdad no hay que sentir desmayos ó impaciencias, aun cuando en la lucha no se vea inmediato el triunfo. Hay que imitar á Esquilo, que, al ver silbadas sus tragedias por sus conciudadanos, las dedicaba *Al tiempo*, al gran justiciero, al que hace que la utopía de hoy sea la verdad del mañana, y lo que ayer parecía audaz y peligroso, resulte luego oportuno y benéfico.

Ese dios misterioso, al que confiaba sus obras el trágico griego, ha venido á darnos la razón á todos los que agotamos una existencia batallando contra el clericalismo.

España despierta y puede aún regenerarse,

porque ve con claridad dónde están sus enemigos.

Se colmó la medida. Llevamos treinta años de tiranía clerical. La revolución de Septiembre fué un rápido mutis para los enemigos de España, jesuitas, frailes y curas trabucaires. Imitaron a los personajes de comedia con la consabida fórmula: *hace como que se va y vuelve...*

Y en toda esta época de restauración, que parece, por lo lóbrega y penosa, una pesadilla nacional, ¿qué no han hecho y no han dirigido los clericales dueños del palacio real, dueños de la política, de las cátedras, de los tribunales y hasta de la suerte del ejército?

Se han arruinado las antiguas obras para el fomento de la agricultura y la industria, mientras en el corazón de las ciudades y en los valles fértiles se levantaban nuevos conventos; el dinero del país que huye del trabajo y no gusta de ayudar a la gente útil, ha ido a caer en manos de frailes y jesuitas que ansían ser ricos, no sólo por los placeres que esto proporciona, sino porque la riqueza es el medio más seguro de dominación; hemos pasado a cuchillo a nuestras colonias, fusilando a hombres como Rizal y asesinando mujeres y niños por el delito de no querer ser esclavos ni manebas de nuestros monjes; para no molestar en lo más mínimo a Sus Reverencias hemos perdido el archipiélago filipino, tan grande como España; las casas de Dios se convierten en fábricas y almacenes que hacen competencia al comercio y a la industria, sin pagar contribución; los sacerdotes de la llamada Compañía de Jesús (de aquel Jesús que arrojaba a los mercaderes del templo) comercian con el vino y la naranja, explotan ferrocarriles, matando de hambre a los empleados, y hasta fabrican pólvora y dinamita en Málaga, logrando grandes ganancias con detrimento de la ley sobre explosivos. Y en política su influencia es tan visible y poderosa, que nuestro país, por su ignorancia, es semejante al antiguo Paraguay, y después de un siglo de luchas por la libertad, venimos a parar en que al rey de España lo educa un jesuita, carlista, y su hermana, la heredera del trono, se casa con el hijo de un general de D. Carlos.

Se comprende que el país, abrumado por el peso de tanto absurdo y tanta vergüenza, haya despertado por fin.

Los intelectuales, los escritores, los hombres de pensamiento, han realizado este milagro que nunca hubieran podido conseguir los políticos de profesión.

De las filas de la República literaria salieron las primeras voces que en el Parlamento protestaron contra la tiranía clerical; un gran escritor ha sido después, con una obra dramática, quien ha encauzado el movimiento; y en Madrid y en Valencia son los estudiantes, la juventud pensadora, los intelectuales de mañana, los que, adelantándose al pueblo, protestan briosamente contra la reacción.

Es justo que así sea. España, envilecida por la religiosidad excesiva y el fanatismo feroz, debía ser despertada por los que tienen el sacerdocio intelectual; pensadores y artistas.

Una vez iniciado el movimiento regenerador, no hay que detenerse.

¡Todos contra el jesuitismo!

Háblese cuanto se quiera de *libertad para todos*; pero que sea esto cuando estemos todos al mismo nivel; cuando hayan descendido de su altura los que, en nombre de Dios, han acaparado los bienes y los poderes de la tierra; cuando hayamos vengado cuatro siglos de explotación clerical y de ignorancia vergonzosamente fomentada; cuatro siglos que empiezan con la llamarada de las hogueras inquisitoriales y la aparición de aquel demonio de astucia y crueldad que se llamó Ignacio de Loyola, y acaban en Santiago y Manila, epílogo triste de un pueblo ignorante, debilitado por su amor a la fe y el milagro y su desprecio a la razón y el trabajo, en el cual todos saben rezar, mientras el libro es objeto de lujo usado por una exigua minoría.

En los conventos están los principales enemigos de España. Jesuitas y frailes mantienen el fanatismo en las alturas y hunden sus manos en los bolsillos de la nación, mientras a su amparo se cuele mansamente el carlismo y triunfa sin necesidad de reñir batallas.

Aplastemos la bestia.
¡A ellos! ¡A ellos!

BLASCO IBAÑEZ.

En el Centro Republicano Social

LA VELADA DE ANOCHE

Es indiscutible que los entusiasmos de los demócratas de toda España han repercutido también en Sevilla. Conmemorábase anoche el 11 de Febrero, y esto dió lugar a que los repu-

blicanos de esta ciudad hicieran, con un acto hermoso, manifestación de protesta contra el reaccionarismo. Ha sido la primera, pero tampoco creemos que será la última. Las palabras de fraternidad y unión contra los enemigos de la libertad y el progreso que anoche salieron de los labios de todos los oradores, dan esperanzas de que en Sevilla renacerá en breve plazo, con la fuerza que en otros tiempos tuvo, el partido republicano.

EL ACTO

Resultó digno de encomio. La nota predominante en él fué el entusiasmo.

Próximamente a las nueve ocuparon la mesa presidencial, el presidente del centro; D. Prudencio Sánchez y Sánchez de Merodio, los señores Calcaño y García Román, y el delegado de la autoridad gubernativa, Sr. Bustos.

El salón está lleno, y en los sitios de preferencia vense bastantes señoras.

El Sr. Sánchez de Merodio invita a que pasen a los republicanos federales del barrio de Triana, que acababan de llegar, presididos por el Sr. Pedregal. Entran acompañados de una bandera tricolor, adornada con corona de laurel. En el centro de ésta se ve pintada la fecha que se conmemora.

El presidente del Centro dirige entusiasta salutación a los federales de Triana, y en nombre de éstos da las gracias al Sr. Pedregal, que toma asiento en la presidencia. Llega a poco D. José Montes Sierra, que también ocupa en la mesa un puesto al lado del Sr. Sánchez de Merodio. Este recomienda eficazmente a los oradores que van a hablar no aludan en sus discursos determinados asuntos, para evitar la intervención del delegado de la autoridad. Después concede la palabra al ciudadano

SEÑOR ROMERO.—Habla en nombre del círculo federal de Triana, que preside. Dirige entusiasta saludo a todos los republicanos congregados para conmemorar la fecha del 11 de Febrero. Afirma que los federales están dispuestos a unir su esfuerzo al de los demás republicanos para conseguir el triunfo del ideal.

Desearía que el acto no se repitiese, y que, en su lugar, el próximo año se celebrase la fiesta de la proclamación de la República.

Recrimina al Gobierno, que rinde acatamiento y rodea de todos los respetos al que manda a las hordas criminales de Cuenca, al que bombardeó San Sebastián y otras poblaciones.

Dice que la llegada al Centro de los federales de Triana significa que éstos desean la unión. Termina con un viva a la democracia.

RICARDO RUFINO.—En su discurso se muestra partidario de las obras sobre las palabras. Si él supiera hablar—dice—no sería orador, porque éstos le parecen fonógrafos.

Censura con dureza al jesuitismo, al que llama plaga nacional. Por eso es imposible transacción alguna con aquél.

Recuerda también las infamias que en Cuenca realizaron los carlistas mandados por Caserta. Afirma que la libertad y el progreso no la piden los republicanos para ellos solamente. Desearla para todos los españoles.

Satiriza a los frailes y se hace aplaudir en una frase ingeniosa. Recuerda los disparos hechos desde un convento de Granada a los que vitoreaban en pacífica manifestación a la libertad. Lamenta que aquellos ciudadanos no hubiesen tenido decisión para quemar el edificio desde el que les agredieron cobardemente.

El Sr. Palés leyó a continuación una poesía enviada por D. Casto Vilar.

RUBIO Y GALL.—Con una nutrida salva de aplausos es saludado el anciano republicano don José Rubio y Gall. Habla con entusiasmo y energía juveniles.

Dice que los republicanos trabajan por restablecer la legalidad, que respaldada en el hecho que se conmemora. Sagunto y Madrid fueron únicamente actos de fuerza. Los demócratas partidarios de la República son, por tanto, los únicos representantes de la legalidad.

Se congratula de que asistan al acto todos, desde los veteranos a los que ahora llegan al campo de la lucha con sus entusiasmos juveniles. Los actos—afirma—deben ser según las circunstancias. Se impone la llama que purifica frente a la horda de fanáticos criminales que pretende dominar.

La masa inerte, los acomodaticios que abominaban de la política, se conmueven ahora, porque tienen la firme convicción que ni de los anarquistas pueden esperar tantos horrores como de los reaccionarios.

Dice que el ejército y la marina no fueron derrotados por los cañones yanquis, sino por los infames planes trazados en Madrid. Si los republicanos hubiesen estado en el poder no tendrían España que estampar en las páginas de su historia las vergüenzas de Cavite y Santiago.

dad y el republicanismo de los hijos de Triana. Dedicó un recuerdo al pueblo filipino, que lucha por su independencia, y otro a los boers, que combaten por lo mismo.

Termina diciendo:—Vivan los ideales. Viva Sevilla. Confianza en el resultado. Trabajad sin tregua.

MARCIAL DORADO.—También resuenan aplausos entusiastas al levantarse nuestro querido compañero de redacción.

Empieza diciendo que será breve, pues le faltan las energías.

No va a cantar las excelencias de la República, ni a execrar al régimen monárquico.

Quiere recoger las manifestaciones de los que le han antecedido en el uso de la velada, para afirmar la importancia de ésta.

Recuerda las veladas anteriores comparándolas con la que se celebra.

Esta—dice—es una velada de protesta también, que va a unirse a las hechas por los manifestantes de Madrid y otras provincias.

Dirigese a las mujeres, pidiéndoles que influyan en la educación de la familia, para que formen ciudadanos perfectos. La revolución—les dice—vendrá a redimirnos de la tiranía que en vuestras conciencias ejerce el jesuitismo.

Desearía que no haya disformidad entre las palabras y las obras. Nuestra bandera debe llevar los siguientes lemas: ¡Paso al progreso, paso a la libertad, fuera los reaccionarios!

PEDREGAL.—Habla de las fuerzas obreras y del clericalismo.

A nadie debe extrañar que los Montañas y Cermeños trabajen por su causa. ¿Iban a trabajar por la nuestra? Compara esos casos con los del padre Claret y la monja Sr. Patrocino.

El fraile de antaño y el de hogaño son idénticos. En nada han variado; sus procedimientos se acomodan perfectamente a la época en que se ejercitan.

Censura la doblez de los tribunales de justicia, convertidos en feudos del caciquismo.

Solicita la unión de todos los demócratas, y censura a los que aconsejan al obrero que se retire de la política. La política es honrada y necesaria cuando no sirve de explotación ó medro.

Ensalza el programa federal. En él tienen los obreros reformas para sus aspiraciones.

Desearía que salga algo práctico de la velada. Solicita nuevamente el concurso del pueblo obrero para hacer de la República la forma de gobierno.

GUICHOT.—Habló de la elocuencia que le caracteriza.

A pesar de la recomendación del presidente a los oradores para que salvaran determinados asuntos, de suyo escabrosos, que de algo que decir que con él puede desde luego repetir el digno representante de la autoridad.

Por el arte de la escuela castellana grabado quedó sobre el lienzo el rostro degenerado del último Austria, el último monarca de aquella dinastía poderosa. La línea que grafió el artista denota la decadencia de aquella raza que los tradicionalistas proclaman como prototipo de la grandeza.

Hace la historia de cómo desapareció del poder real en España aquella raza que tuvo por lema el fanatismo y la negación.

Por eso ahora se repite un caso semejante. Los hechos se repiten. El individuo que carece de pulmón no puede vivir. Su vida se sostendrá algún tiempo artificialmente, pero al fin muere.

Defiende la libertad de pensamiento en párrafo elocuentísimo.

Eso de la reacción es un detalle. No se puede pedir libertad a quien no la siente, porque todo lo traducen en egoísmo personal.

Alude, censurándola, la industria que se ejerce en los conventos con perjuicio de la que tributa.

Censura la apatía de los partidos republicanos, causa de los presentes males.

Los reaccionarios hacen bien en defender su causa. ¿Qué hacen entre tanto los demócratas? Dedicó una sentida invocación al siglo XX, en el que quiere triunfe la libertad.

MONTES SIERRA.—Dice que hablará brevemente. Queda poco que decir, y además, él está convaleciente de una enfermedad.

Fustiga a los gobiernos de la restauración y a la ola reaccionaria que avanza destruyéndolo todo.

La labor del jesuitismo es infuca. Yo tengo que lamentarme de un hecho que me afecta fuertemente, muy parecido al de la señorita Ubao. Los miserables que se introducen en el hogar y perturban la familia deben ser execrados. Con ellos es lícito hasta el puñal asesino que hiere por la espalda.

En nuestro retroceso de cultura y en la corrupción administrativa del país han influido los elementos reaccionarios. Contra ellos debe, pues, irse.

Pide la unión de los partidos republicanos. Si éstos no pueden unirse por sus luchas de bandería, déjese paso al socialismo. Ese es el partido del porvenir.

Concluye pidiendo la libertad de conciencia, la libertad individual, siempre la libertad.

SANCHEZ DE MERODIO.—Cuando se levantó a hablar el presidente del Centro Republicano Social eran más de las once y media.

Manifestó que no resumía lo dicho por los oradores, para no quitar el grato recuerdo que de lo dicho por aquéllos todos los asistentes al acto llevarían.

Afirma que la única legalidad existió en

España durante la época republicana. La República se proclamó por la libérrima voluntad del pueblo.

No han sido así los regímenes monárquicos. Cuantos reyes ha habido, consúltese a la historia, debieron su elevación al crimen y a la infamia. Se alzaron sobre los campos de batalla cubiertos de cadáveres.

Alude al hermoso acto de los estudiantes de Madrid y a la protesta elevada al ministro de Instrucción Pública. Dice que esos estudiantes no aprendieron a amar a la libertad en las aulas sino en las predicaciones de los grandes hombres de la democracia. En los escritos y artículos de Pi, Salmerón, Muro y demás políticos insignes.

Si los republicanos son pocos, la obra que ejecutan es muy grande. Ya lo veis: su presencia se nota en todas partes: en el foro, en el teatro, en el comercio, en la escuela... hasta en las cárceles.

Donde no están es en el convento, en las oficinas del Estado y en las Corporaciones donde hay beneficencia. En donde se roba no verá a ninguno.

Los monárquicos no pueden decir a los republicanos nada: éstos, por el contrario, pueden llamar ladrones a muchos de aquéllos.

Desearía que no se eche en olvido el manifestado por los Sres. Pedregal, Guichot y Montes Sierra. Que la unión se verifique para bien de todos.

Si los reaccionarios vienen uniéndose y apretado haz desde el pacto de Amoravieja, ¿por qué no imitar su ejemplo nosotros?

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

Los estudiantes halláronse cerradas la Universidad y los Institutos.

Aporrearon las puertas pidiendo clase. Marcharon al ministerio dando vivas a la libertad y muera.

Intentaron ver a García Aliz, que estaba ausente y visitaron las redacciones, protestando por las vacaciones.

La policía y la benemérita siguióles intentando disolverles dando cargas.

En el Prado hubo carreras y sablazos, resultando un herido y algunos contusos; varias detenciones.

Regresan a la Universidad y la policía hace esfuerzos para disolverlos.

Reforzáronse los retenes. En el patio del ministerio de Justicia hallábase muchas fuerzas.

Con motivo de las manifestaciones hay varios detenidos.

Los manifestantes de Madrid apedrearon nuevamente el convento del corazón de Jesús rompiendo cristales.

En la calle de Isabel la Católica y Puerta de Sol, Ugarte excitó a los manifestantes a que se disolvieran y que una comisión le visitara.

En la plaza de Santo Domingo hizo el gobernador estériles esfuerzos.